

Prólogo

«El poeta y el periodista debieran compartir la condición de Keats: perder la identidad del sujeto en beneficio de la belleza del objeto o de la verdad del hecho», leemos en las últimas páginas de este libro.

Es un libro espléndido. Parece un libro fácil, porque tendemos a creer que los libros de viajes lo son. Basta con mirar, nos decimos, e ir anotando impresiones en libretas, posavasos y papelitos. No; mirar es lo más difícil. Antes que aprender a escribir o a pintar o a recorrer la ciudad o el lugar donde vivimos, deberían enseñarnos a mirar. La pareidolia es la facultad de hallar caras en las cosas. Ante un crepúsculo de cielos trágicos, siempre hay alguien próximo que le encuentra a una nube el parecido con Mickey Mouse, y nos lo echa a perder. Mirar mal es una desgracia. En cambio, sabiendo mirar, tiene uno andado la mitad del camino.

El paso de la edad dorada a la edad moderna, de los años del Grand Tour a los nuestros, se corresponde con la transformación de la palabra *viajero* en la palabra *turista*. Bustos lo expresa con un vago desánimo: «Quizá el turismo no sea más que esto: un billete caro que

pagamos con gusto para viajar en el tiempo a las edades pobres». Dice lo de caro para no molestar a nadie, porque él y todos sabemos que viajar hoy en los países ricos lo hacen hasta los pobres (a plazos). Este es un libro en el que, al igual que en los autos sacramentales medievales, luchan, a modo de figuras, el desencanto y el asombro. ¿Cuál de los dos vencerá?

No se puede viajar sin saber una de estas dos cosas: adónde queremos ir, o en caso de no saberlo, qué queremos dejar atrás. Lo ideal es conocerlas ambas. Y para mirar y ver hay que haber mirado y visto y leído ya mucho. En este libro, que recoge dos viajes muy diferentes, están esos dos modos de asombro y desencanto. En el primero, por La Mancha de don Quijote, Bustos sabe dónde quiere ir y a qué; en el segundo, por el costado occidental de Francia, no sabe muy bien adónde llegará, pero sí qué quiere dejar atrás (su pereza mental, la que le ha llevado a conocer muchos países lejanos antes que el de sus vecinos).

En el primero, de hace cuatro años, Bustos va en pos de don Quijote y Sancho por tierras de La Mancha. Sigue en parte los pasos de Azorín, que hizo lo mismo cien años antes en pos del Caballero de la Triste Figura, quien a su vez iba en pos de la caballería andante, seguido por Sancho Panza. Quiere decirse que aquí todos vamos en pos de alguien, siguiendo un asombro, temiendo un desencanto. La Mancha de Bustos está a punto de ser una alucinación rilkeana: «Arde el día como si la tierra hubiera dejado de girar», nos dice. Pero al punto baja a la tierra, como un pequeño Azorín, para decirnos que en medio de todo ese fuego ha visto el frescor de «un lagarto que huye de nuestro paso y se oculta como un calambre verde».

La visión de Azorín de aquellas tierras irredentas es a un tiempo desoladora y lírica. Para Azorín, Cervantes lo es todo. Para don Quijote lo son todo Tirant y Amadís. Para Jorge Bustos en ese viaje lo más importante es poder contar. Va para contarlo. Está unido a Cervantes y a Azorín por el estrecho istmo del humor. El de Cervantes es, como sabemos, un humor triste. El de Azorín es un humor serio (Azorín es el Buster Keaton de la literatura española). ¿Y el de Bustos? El de este es jovial y efusivo, propio de un joven. Nos dice Bustos que emprende el viaje hacia La Mancha a la misma edad que Azorín salió para hacer el suyo. Pero es que Azorín, como todos los de su generación, nunca fue joven, tuvo esa lotería. Bustos, por el contrario, se asombra por todo, va dispuesto a asombrarse. Nos habla de desencantos. Bueno, sí, con el valor gimnástico que da un joven a esta palabra. Pese a los desencantos (en esto es como don Quijote: inasequible al desaliento). *Nihil admirari* es el lema de la inmensa mayoría de los periodistas. No el del autor. Bustos va a las tierras de La Mancha (las más surrealistas de España; doy fe, también uno hizo por esas mismas fechas un viaje parecido, aunque mucho más breve, para el que era entonces mi periódico y con los mismos fines) a comprobar si tienen o no redención. Pero el humor le vence. Está lleno de un humor que es suma del cervantino (compasivo), del azoriniano (respetuoso) y del suyo propio (luminoso). También es Bustos compasivo ante la España Negra, respetuoso ante la locura de las gentes con las que habla (a todas parece faltarles un tornillo; bueno, la verdad, es que a la inmensa mayoría de la gente le falta un tornillo) y luminoso frente a la pobreza del medio.

Nos decimos: al leer hoy aquel viaje de Azorín (en la segunda edición incluyó algunas fotos extraordinarias) sabemos cómo era España entonces y sentimos una rara sensación de pérdida, porque habríamos querido conocerla; cuando dentro de otros cien años alguien caiga sobre estas páginas, le invadirá la misma sensación melancólica al ver que Bustos concluye más o menos lo que Azorín: la redención de estas gentes, lo que el progreso entiende por redención, acabaría acaso con parte de sus mejores virtudes: hospitalidad, agudeza, sagacidad, laboriosa prestancia. Mejor así que peor. El progreso, para según qué asuntos del espíritu, es siempre un retroceso.

Y ahí acaba el primero de estos asombros. Cuando Bustos lo cerró ni siquiera sabía que le esperaba otro aún más importante. El que hizo por La Mancha parece un viaje de iniciación. El que hace por Francia es un verdadero viaje de madurez.

Quien parece haber estado ya por medio mundo nos confiesa contrito y abrumado que no conoce nada del país vecino. Ese viaje le transformará. Lo dice él mismo: si un viaje no te va a cambiar, para qué empezarlo. Es como los libros: si un libro no te conmueve, para qué acabarlo.

Y eso es lo que ocurre en la segunda parte de este libro.

Es fascinante asistir al primer viaje por Francia de alguien que sueña tanto con hacerlo. Uno parecido, calcado del de Bustos, hicimos mi mujer y yo con nuestros hijos adolescentes. Cuando leía estas páginas, me acordaba de las caras de mis hijos ante mí como las del niño que abre el regalo codiciado la mañana de Reyes. Todo este viaje es un regalo. Cuanto encuentra a su paso lo

halla mejor incluso de lo que es, le deslumbra, y lo que no lo recibe con soltura, lo acepta con filosofía. Habla él del turista filósofo.

El lector lo lleva a su lado como un amigo que te cuenta lo que ve (siempre por primera vez; en esta parte del libro todo son estrenos) y lo que esas cosas le despiertan en la cabeza, en la imaginación, en las palabras. Tiene mucho que contar, porque ya ha vivido, visto y leído. Y lo hace a buen ritmo, a paso de legión romana (aquí, como mandan los cánones, impera el presente llamado histórico, empleado por Julio César).

A Bustos le interesa la belleza del objeto, la verdad del hecho, y esto es siempre presente. La poesía es presente; la novela, pasado. Más o menos.

Sus opiniones son rotundas. Bustos es joven (trata de disimularlo, como Larra, a base de un pesimismo que no acaba de convencerle, su desencanto). Igual que le sucedía al pequeño filósofo Antonio Azorín. Las opiniones rotundas... Podríamos parafrasear: sí, quien no tiene opiniones rotundas a los cuarenta no tiene corazón, quien a los setenta no duda no tiene cabeza.

La firmeza de un joven, a alguien que está más cerca de los setenta que de los sesenta, le rejuvenece, porque le hace dudar de sus propias dudas. Ir a su lado descubriendo las cosas que nos hicieron felices vuelve a hacernos felices.

Veamos: la iniciación en el mundo de las ostras (genial ese «en Francia el mejor amigo del hombre es la ostra»); la emoción de mirar la torre del señor de la Montaña (para decirlo con Azorín); la impresión de recorrer los pueblos normandos del desembarco («murieron entonces para preservar la gozosa indiferencia de hoy», nos

dice emocionado mirando a los bañistas de una playa desde uno de esos apretados cementerios militares); la ironía, en Bretaña, que le devuelve al terruño patrio («las placas de las calles aquí [Rennes] se rotulan en dialecto bretón. Porque también Francia es plural, pero a ningún francés orgulloso de su república se le ocurre hacer palanca en la diversidad para descerrajar la unidad de la nación»); entrar en París como un turista y salir como un adicto; la abrumadora belleza de lo más inesperado (memorable la página que describe Saint-Mathurin, un pueblo desconocido y remoto, hallado por casualidad).

Sí, es este un libro espléndido. Dos viajes morales. Quienes hemos viajado con niños sabemos que su pregunta recurrente es en todos los trayectos la acucia: «¿Cuándo llegamos?».

Aquí, cuando nos vamos aproximando al final del libro, sucede de otro modo. Se han cumplido las palabras de Keats: la belleza del objeto y la verdad del hecho son fascinantes cuando se dan juntas, y el autor ha conseguido hacernos creer que somos nosotros los verdaderos viajeros. Eso es la literatura, decíamos, embaucarnos. Que nos lleven de uno a otro lugar, haciéndonos creer que somos nosotros los que vamos, no los que son llevados. La verdadera enseñanza es el viaje, el verdadero placer es el transcurso. No el punto de partida, no el de llegada, sino lo que hay entre uno y otro.

Y por eso en este libro, al irnos aproximando al final, solo acertamos a decir: «¿Pero ya hemos llegado?».

ANDRÉS TRAPIELLO

Lagar del Corazón, 9 de septiembre de 2020